

SOBRE INTELLECTO GENERAL, CAPITAL, COMUNICACIÓN Y CONOCIMIENTO: UNA LECTURA DE LOS *GRUNDRISSE*

CÉSAR RICARDO SIQUEIRA BOLAÑO

I. INTRODUCCIÓN

Este artículo es parte de una reflexión más extensa cuyo objeto es aclarar ciertos aspectos fundamentales de los cambios estructurales que el capitalismo atraviesa en las últimas décadas, vinculados a lo que numerosos autores tratan bajo el concepto de “intelecto general”, presentado por Marx en sus manuscritos de 1857-1858. Extraído de los *Grundrisse*, aislado del pensamiento expreso de su autor, tal como se materializa en su obra más completa, ese interesante *insight* puede tornarse enigmático y sujeto a mistificaciones. Entendido, por el contrario, desde la perspectiva de la problemática de la comunicación, de la cultura y el conocimiento en el capitalismo y de la actual reestructuración productiva, sobre la base de una lectura sistemática de *El Capital*, especialmente el Libro I, puede servir de alternativa a la interpretación dada por los teóricos del “capitalismo cognitivo” o del “trabajo inmaterial”. Frente a esas expresiones sensacionalistas, prefiero considerar el problema bajo el concepto de “subsunción del trabajo intelectual” (Bolaño 1995, 2002), materialización histórica más completa, en la actualidad, de la idea de intelecto general de Marx.

2. CONCEPTUACIÓN PRELIMINAR

La Revolución Industrial y, con ella, la instauración de un modo de producción específicamente capitalista, dependen de la constitución previa no solamente de una acumulación primitiva de capital, realizada por el gran capital mercantil del período inmediatamente anterior y que está en la base de la producción manufacturera, sino también de una “acumulación primitiva de conocimiento” (Bolaño 2000) que esa manufactura llevará a cabo incorporando al capital el conocimiento de los procesos de trabajo desarrollados por la clase trabajadora artesanal a lo largo de los siglos anteriores.

El período manufacturero permite esa apropiación por el capital del conocimiento anteriormente producido por el trabajo; conocimiento éste que, aliado al desarrollo de la mecánica y otras innovaciones llevadas a cabo por el trabajo intelectual científico, permitirá el desarrollo de las máquinas herramienta y la primera Revolución Industrial. La máquina herramienta es el elemento central de todo el proceso, porque en ella se plasma el conocimiento previamente extraído de la clase trabajadora. El capital es revolucionario en la medida en que logra romper la unidad práctica entre trabajo manual y trabajo intelectual que existía en el sistema artesanal medieval, y articula el segundo al conocimiento científico que se incorpora al proceso productivo bajo la forma de aplicación de la mecánica a la construcción de aquellas máquinas que materializan como capital constante un componente crucial del conocimiento humano.

El capital es así revolucionario en la medida que rompe aquella unidad y, al contrario que la artesanía medieval, logra reunificar en su interior y de acuerdo con sus intereses particulares, aquel conocimiento pragmático con el pensamiento científico. Todo el proceso ha sido descrito por Marx en los capítulos históricos del Libro Primero de *El Capital*. Por mi parte, he llamado a este proceso *acumulación primitiva de conocimiento*, con el objeto de enfatizar algo que es absolutamente transparente en el citado libro: el capital, entendido como relación social, es a la vez poder económico y conocimiento. La idea de *subsunción del trabajo intelectual* (Bolaño 1995) se propone explicar el sentido último de la Tercera Revolución Industrial desde una perspectiva estrictamente marxiana.

Para Marx, la definición de una Revolución Industrial pasa necesariamente por la expansión de la subsunción del trabajo en el capital: el paso de la subsunción formal a la real, en el caso de la primera, y lo mismo para el sector productor de las propias máquinas, en la segunda, tal como explicita en el capítulo 13 al analizar el tema de la “producción de máquinas por medio de máquinas”. Mi propia hipótesis sobre la subsunción del trabajo intelectual sigue idéntica línea de pensamiento, definiendo la Tercera Revolución Industrial –dentro de las transformaciones sociológicas determinadas por el desarrollo del capitalismo monopolista a lo largo del siglo XX, que llevarán a la constitución de una capa media de trabajadores intelectuales que disponen de

una importante autonomía relativa en el proceso de trabajo— como aquel momento en que se rompe esa autonomía relativa.

De hecho, la hipótesis se refiere a la *subsunción del trabajo intelectual y a una extensa intelectualización de todos los procesos de trabajo convencionales y del consumo*, de manera que es al conjunto del modo de regulación a lo que me refiero. Más todavía, teniendo en cuenta que la separación inicial entre trabajo manual e intelectual se produce en la Grecia Antigua, tal como explicita Sohn-Rethel (1989), las promesas de reconciliación abiertas por el capital pero que el propio capital no cumple apuntan a posibilidades inéditas de liberación, en el sentido de lo que algunos creen haber visto realizado bajo el propio capital, basándose en una interpretación parcial del mencionado fragmento de los *Grundrisse* sobre el intelecto general.

El principio en que se basan todas las formas de subsunción es la cooperación entre la masa de los trabajadores subordinados a la dirección de un mismo capital. El carácter contradictorio y crítico de la relación capitalista se establece por el hecho de que esa masa obrera, puesta así a cooperar por el capital y a su servicio, puede pasar a actuar en un momento dado contra el sistema de explotación del capital. La especificidad de la situación actual es que la socialización de la producción superó todos los límites, organizándose, en lo que concierne a la producción final de la mercancía, en torno a pequeños colectivos de trabajadores altamente cualificados —articulados a nivel global vía telemática, controlando unidades productivas totalmente automatizadas, robotizadas y flexibles— que obedecen a las determinaciones superiores de la producción previa de conocimiento; producción ésta dependiente de la existencia de vastas esferas públicas productivas en las que el trabajo intelectual se socializa.

Por otro lado, aunque su productividad para el capital sea incuestionable, no es cuantificable desde el punto de vista de los trabajadores individuales; de modo que la apropiación privada por el capital del resultado de esa producción social de riqueza solo será posible por medio del *tour de force* de los derechos de propiedad intelectual (Bolaño 2003). Así, la subsunción del trabajo intelectual representa un avance en el sistema de control del capital sobre el trabajo. Avance que, al radicalizar la contradicción entre socialización de la producción y apropiación privada, pone en primer plano la posibilidad de superación del capitalismo en el sentido originalmente propuesto por Marx.

3. INTELLECTO GENERAL

Obviamente la cuestión está ligada a la evolución de la relación entre ciencia e industria. El propio Marx había planteado la cuestión en términos absolutamente actuales en los mencionados fragmentos de los *Grundrisse*, que se agrupan en su mayor parte bajo un subtítulo bastante sugestivo: “contradicción entre la base de la produc-

ción burguesa (medida del valor) y su propio desenvolvimiento...” (Marx 1857-1858 [1980], vol. 2:227):

El intercambio de trabajo vivo por trabajo objetivado, es decir el poner el trabajo social bajo la forma de la antítesis entre el capital y el trabajo, es el último desarrollo de la relación de valor y de la producción fundada en el valor. El supuesto de esta producción es, y sigue siendo, la magnitud de tiempo inmediato de trabajo, el cuanto de trabajo empleado como el factor decisivo en la producción de la riqueza. En la medida, sin embargo, en que la gran industria se desarrolla, la creación de la riqueza efectiva se vuelve menos dependiente del tiempo de trabajo y del cuanto de trabajo empleados, que del poder de los agentes puestos en movimiento durante el tiempo de trabajo, poder que a su vez —su *powerful effectiveness*— no guarda relación alguna con el tiempo de trabajo inmediato que cuesta su producción, sino que depende más bien del estado general de la ciencia y del progreso de la tecnología, o de la aplicación de esta ciencia a la producción (Marx 1857-1858 [1980], vol. 2:227-228).

Mi propia investigación sobre los procesos de producción de conocimiento en el área de la genómica confirma la idea ya mencionada de la imposibilidad de cuantificación del valor incorporado en una mercancía final (un bien, tal como un medicamento, o un servicio, como un procedimiento médico) que incluye conocimiento producido a lo largo de una cadena productiva muy extensa y segmentada, en la que buena parte del trabajo obedece a la lógica académica de la producción científica certificada, opuesta por principio a la lógica capitalista y financiada en general con fondos públicos (Bolaño 2003). No se trata simplemente de incorporación del conocimiento científico a la producción de mercancías, sino de la subsunción en el capital del conjunto de la producción científica en esa área específica, lo que solo es posible mediante la subordinación del conjunto a la lógica hegemónica del capital ficticio: esto es, de una economía en última instancia no propiamente industrial, ni postindustrial, sino fundamentalmente especulativa y rentista en la que la distribución del producto depende de la arbitrariedad de los derechos de propiedad intelectual.

Tomo la precaución de no generalizar por el momento la conclusión, enfatizando que nos encontramos en presencia de una área específica de la producción intelectual: no solo porque la llamada economía del conocimiento no abarca todavía toda la producción capitalista, sino sobre todo porque es importante evitar la ilusión fetichista de la conceptualización abstracta de un conocimiento capaz de disolver las contradicciones inherentes al capitalismo; o de resolverlas, como en el caso de la metafísica de las multitudes, a favor de una emancipación humana también en abstracto. Pero prosigamos con la lectura de Marx:

La riqueza efectiva se manifiesta más bien —y esto lo revela la gran industria— en la enorme desproporción entre el tiempo de trabajo empleado y su producto, así como en la despro-

porción cualitativa entre el trabajo, reducido a una pura abstracción y el poderío del proceso de producción vigilado por aquél (Marx 1857-1858 [1980], vol. 2:228).

El autor se refiere a una situación común en la actualidad en la que el trabajador tiene por función primordial vigilar la producción automatizada. Así,

... el trabajo ya no aparece tanto como recluso en el proceso de producción, sino que más bien el hombre se comporta como supervisor y regulador con respecto al proceso de producción mismo. El trabajador ya no introduce el objeto natural modificado, como el eslabón intermedio, entre la cosa y sí mismo, sino que inserta el proceso natural, al que transforma en industrial, como medio entre sí mismo y la naturaleza inorgánica, a la que domina. Se presenta al lado del proceso de producción, en lugar de ser su agente principal (*Ibidem*).

Se trata, en esencia, de un proceso de trabajo típicamente industrial, en el que está presupuesto el componente científico.

En esta transformación lo que aparece como el pilar fundamental de la producción y de la riqueza no es ni el trabajo inmediato ejecutado por el hombre ni el tiempo que éste trabaja, sino la apropiación de su propia fuerza productiva general, su comprensión de la naturaleza y su dominio de la misma gracias a su existencia como cuerpo social; en una palabra, el desarrollo del individuo social (*Ibidem*).

O sea, en nuestro ejemplo, lo que aparece como pilar fundamental de la producción de riqueza no es ni el trabajo inmediato ejecutado, digamos, por los trabajadores de la industria farmacéutica que producen un determinado medicamento, ni el tiempo en que éstos trabajan, sino la apropiación de la fuerza productiva general de la industria farmacéutica y de la industria del conocimiento vinculada a la larga cadena productiva en lo concerniente a ese conjunto de trabajadores que, insertados en diferentes empresas e instituciones, poseen un dominio sobre esa industria que solo puede ser social y sobrepasa ampliamente los límites del capital individual que efectivamente se apropiará, sobre la base de patentes, de la riqueza producida por ese “individuo social”. Es en esas condiciones que:

El robo de tiempo de trabajo ajeno, sobre el cual se funda la riqueza actual, aparece como una base miserable comparado con este fundamento, recién desarrollado, creado por la gran industria misma [...] Tan pronto como el trabajo en su forma inmediata deja de ser la gran fuente de la riqueza, el tiempo de trabajo deja, y tiene que dejar, de ser su medida y por tanto el valor de cambio [deja de ser la medida] del valor de uso (*Ibidem*).

Aplicado este razonamiento a la actualidad, se puede decir que cuando la gran fuente de riqueza pase a ser, en nuestra interpretación, el trabajo intelectual en su forma inmediata de trabajo científico académico subsumido en el capital en los términos

antes referidos como trabajo social de valor no cuantificable, entonces el tiempo de trabajo tendrá que dejar de ser su medida y el valor de cambio dejará de ser la medida del valor de uso, poniendo así en jaque a la propia teoría del valor.

Con ello se desploma la producción fundada en el valor de cambio, y al proceso de producción material inmediato se le quita la forma de la necesidad apremiante y el antagonismo. Desarrollo libre de las individualidades, y por ende no reducción del tiempo de trabajo necesario con miras a poner plustrabajo, sino en general reducción del tiempo de trabajo necesario de la sociedad a un mínimo, al cual corresponde entonces la formación artística, científica, etc., de los individuos gracias al tiempo que se ha vuelto libre y a los medios creados para todos (*Ibidem*).

Estaríamos, por tanto, frente a la quiebra de la explotación capitalista del trabajo y ante la perspectiva concreta, inminente, de su superación, lo que no se podrá concretizar, en la perspectiva de Marx, por el simple desenvolvimiento de las fuerzas productivas, sin la acción consciente del factor subjetivo que posibilitaría el paso a una organización superior de la sociedad humana. Pero, en su opinión, son las propias contradicciones inherentes al desarrollo capitalista las que abrirán el camino a dicho paso:

El capital mismo es la contradicción en proceso, [por el hecho de] que tiende a reducir a un mínimo el tiempo de trabajo, mientras que por otra parte pone al tiempo de trabajo como única medida y fuente de la riqueza. Disminuye, pues, el tiempo de trabajo en la forma de tiempo de trabajo necesario, para aumentarlo en la forma del trabajo excedente; pone por tanto, en medida creciente, el trabajo excedente como condición –*question de vie et de mort*– del necesario. Por un lado despierta a la vida todos los poderes de la ciencia y de la naturaleza, así como de la cooperación y del intercambio sociales, para hacer que la creación de la riqueza sea (relativamente) independiente del tiempo de trabajo empleado en ella. Por el otro lado se propone medir con el tiempo de trabajo esas gigantescas fuerzas sociales creadas de esta suerte y reducirlas a los límites requeridos para que el valor ya creado se conserve como valor. Las fuerzas productivas y las relaciones sociales –unas y otras aspectos diversos del desarrollo del individuo social– se le aparecen al capital únicamente como medios para producir fundándose en su mezquina base. *In fact*, empero, constituyen las condiciones materiales para hacer saltar a esa base por los aires” (*Ibidem*).

Así, el capital, esa contradicción en proceso, desarrolla las condiciones materiales para su propia superación, lo que dependerá finalmente de las condiciones espirituales, subjetivas, que se lleguen a desenvolver sobre esa base material transformada. Marx tiene absoluta conciencia del problema, pero no hubiera sido posible, a mediados del siglo XIX, imaginar el resultado concreto al que solo se ha llegado en la transición del siglo XX al XXI, como consecuencia de una tendencia, característica de la fase monopolista del capitalismo, de expansión de las capas medias asalariadas, cuyo trabajo se va tornando progresivamente productivo y que constituirán la base social del actual proceso de subsunción del trabajo intelectual.

Ni Marx ni las ortodoxias marxistas de la segunda y la tercera Internacional pudieron entrever dicha tendencia. Por el contrario, si volvemos a la lectura del problema de la subsunción del trabajo en el capítulo 13 del Libro Primero de *El Capital*, observaremos que, aparentemente, para el autor la “producción de máquinas por medio de máquinas” culminaría de modo definitivo el paso de la subsunción formal a la real. A su vez, en el Capítulo Sexto Inédito, aunque la problemática de la productividad del trabajo cultural e intelectual se plantea en términos más justos, Marx no le da importancia al fenómeno y lo considera, como de hecho lo era en aquel momento, estadísticamente irrelevante.

Es por ello que, en los fragmentos citados, la subsunción de la ciencia no llega a ser planteada en ningún momento en términos de subsunción del trabajo científico en el capital, y el autor procede en diferentes ocasiones a la generalización que he tratado explícitamente de evitar. Es cierto que esa generalización es legítima, pues él se mueve en el nivel de las leyes generales inmanentes de la producción capitalista. Pero eso no elimina, antes al contrario, el problema con el que se enfrenta nuestra generación: el de especificar el movimiento concreto de la subsunción de la ciencia.

Hoy la ciencia se ha tornado, obviamente, fuerza productiva inmediata. Podemos decir que está subsumida. En tales condiciones, la sociedad puede crear un tiempo de no trabajo que se plantea de modo contradictorio, pues el capital,

[...] *malgré lui*, es instrumental *in creating the means of social disposable time*, para reducir a un mínimo decreciente el tiempo de trabajo de toda la sociedad y así volver libre el tiempo de todos para su propio desarrollo. Su tendencia, empero, es siempre por un lado la de crear *disposable time* y por otro la de *to convert it into surplus labour*” (*Ibidem*:231-232).

Más allá del hecho de que, al tiempo en que crea las condiciones del no trabajo, el capital “aumenta el tiempo de plus-trabajo de la masa mediante todos los recursos del arte y de la ciencia”, el tema del tiempo libre y de su manipulación por el capital está evidentemente en la base del desarrollo, durante el siglo XX, de la industria cultural (Bolaño 2000), y Marx de alguna forma lo intuye al mostrar que la economía del tiempo de trabajo se relaciona con el desarrollo de la fuerza productiva y no con la abstinencia del disfrute que, al contrario, es condición para el desarrollo de la producción. Así,

[...] capacidad de disfrute [...] equivale a desarrollo de una aptitud individual, fuerza productiva. El ahorro del tiempo de trabajo corre parejas con el aumento del tiempo libre, o sea tiempo para el desarrollo pleno del individuo, desenvolvimiento que a su vez re-actúa como máxima fuerza productiva sobre la fuerza productiva del trabajo [...] Se puede considerar a ese ahorro, desde el punto de vista del proceso inmediato de producción, como producción de *capital fixe*, este *capital fixe being man himself* (Marx1857-1858 [1980], vol. 2:231).

André Gorz se valdrá de esa última frase para afirmar que “la idea de ‘capital humano’ se encuentra, pues, ya en los manuscritos de 1857-1858” (Gorz 2003:16). Eleutério Prado señala correctamente el carácter fetichista de esta deducción, poniendo de relieve que la observación de Marx está hecha, en la frase citada, “desde el punto de vista inmediato del proceso de producción”. Vale citar:

[...] si, pues, el hombre es entendido como capital, se puede hablar del hombre como contenido corporal y espiritual del capital [...] pero no se puede decir que el capital es humano [...]. Así, no se puede decir tampoco [...] que el hombre es capital. Pues, en ese segundo caso, la materia del capital, o sea, la materia humana, es identificada con el propio capital, llegando a figurar, en el texto de Gorz, como ‘pleno desenvolvimiento del individuo’ (Prado 2005:77).

Y más adelante:

el concepto de capital humano adquiere prominencia en la práctica y en el imaginario social [...] cuando el fetiche del sistema de máquinas como capital es gradualmente sustituido por el fetiche del trabajador productor de valores de uso llamados inmateriales como capital (*ibidem*:78).

Cuando el capitalista individual invierte en la formación del trabajador, “... esa fuerza de trabajo mejorada en su competencia productiva [...] parece que le pertenece no sólo como algo que él emplea en cierto período y que usa hasta cierto punto, sino como capital fijo de la empresa” (*Ibidem*:78-79).

Así, en vez de aumentar el sueldo del trabajador, el capitalista invierte una parte de su capital variable (no del constante) en su formación, con lo que obtiene una doble ventaja: “primero, hace que ese gasto parezca una concesión y un beneficio voluntario que le da a aquellos que emplea y, segundo, orienta el gasto de estos últimos en su propio interés de capitalista” (*Ibidem*:79).

Pero lo fundamental radica en la referida contradicción inherente a la existencia de aquel tiempo libre, la cual, cuanto más desarrollada, “... tanto más evidente se hace que el crecimiento de las fuerzas productivas ya no puede estar ligado a la apropiación de *surplus labour* ajeno, sino que la masa obrera misma debe apropiarse de su plus-trabajo” (Marx 1857-1858 [1980], vol. 2:232).

Ahora bien, ¿qué ocurriría si esa contradicción se resolviera en favor de la clase trabajadora? Respuesta:

Una vez que lo logra —y con ello el *disposable time* dejará de tener una existencia antitética— por una parte el tiempo de trabajo necesario encontrará su medida en las necesidades del individuo social y por otra el desarrollo de la fuerza productiva social será tan rápido que, aunque ahora la producción se calcula en función de la riqueza común, crecerá el *disposable time* de todos. Ya que la riqueza real es la fuerza productiva desarrollada de todos

los individuos. Ya no es entonces, en modo alguno, el tiempo de trabajo la medida de la riqueza, sino el *disposable time* (*Ibidem*).

Eso no es posible en el capitalismo, por más avanzadas que estén las fuerzas productivas:

El tiempo de trabajo como medida de la riqueza pone la riqueza misma como fundada en la pobreza y al *disposable time* como existente en y en virtud de la antítesis con el tiempo de plustrabajo, o bien pone todo el tiempo de un individuo como tiempo de trabajo y consiguientemente lo degrada a mero trabajador, lo subsume en el trabajo. La maquinaria más desarrollada, pues, compele actualmente al obrero a trabajar más tiempo que el que trabaja el salvaje o que el que trabajaría él mismo con las herramientas más sencillas y toscas (*Ibidem*).

Tal es el sentido de todo el desarrollo tecnológico sometido a la lógica del capital y así sigue siendo en la actualidad. El desarrollo de la microelectrónica y de la informática, especialmente el uso generalizado del ordenador como instrumento de trabajo y de diversión, lo pone bien de relieve. Lo cual nos conduce a una situación aún más extrema que la correspondiente a la vieja industria cultural del siglo XX, que por su parte sigue en pleno vigor como forma de dominación ideológica.

Pero justamente en este momento en que el capital se vale efectivamente de todos los poderes del arte y de la ciencia para aumentar la explotación y preservar su sistema de poder, se puede vislumbrar la gestación de las condiciones para el surgimiento de un mundo nuevo. Mientras, el sistema entrará en una dinámica regresiva de exclusión y violencia crecientes, poniendo con ello a la orden del día la vieja disyuntiva socialismo o barbarie. Esta es precisamente la situación en que nos encontramos en la actualidad.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BOLAÑO, C. (1995) “Economía política, globalización y comunicación”, en *Nueva Sociedad*, 140, Caracas.
- ____ (2000) *Indústria Cultural, Informação e Capitalismo*. São Paulo: HUCITEC.
- ____ (2002) “Trabalho intelectual, comunicação e capitalismo”, en *Revista da Sociedade Brasileira de Economia Política*, 11, 53-78, Río de Janeiro.
- GORZ, A. (2003) *O imaterial. Conhecimento, valor e capital*. São Paulo: Annablume, 2005.
- MARX, K. (1857-1858) *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*. México: Siglo XXI, 1980.
- PRADO, E. (2005) *Desmedida do valor. Crítica da pós-grande indústria*. São Paulo: Xamã.
- SOHN-RETHEL, A. (1989) *Trabalho Espiritual e Corporal Para a Epistemologia da História Ocidental*. UFPB/CCSA, Maestría en Economía, 1995.